



Yo sé todos los cuentos. Reseña atípica

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ

En el volumen 1 de *León Felipe y sus intérpretes*, Paco Ibáñez, 1976, canta el poema de León Felipe, el de “No me contéis más cuentos” que termina con estos versos:

“Yo no sé muchas cosas, es verdad,
Pero me han dormido con todos los cuentos...
Y sé todos los cuentos.”

Yo no sé muchas cosas, es verdad, pero sé algunos cuentos que se cuentan en el libro de Marcelino Jiménez León: *La obra crítica de Enrique Díez-Canedo*, publicado por la Editora Regional de Extremadura en 2011.

Pronto supe que León Felipe estaba muy agradecido a Enrique Díez-Canedo porque éste le había abierto las puertas publicándole un poema cuando el boticario era un pobre boticario ocasional. (Un día me recogió Díez-Canedo como se recoge a un mendigo y me llevó de la mano a la revista *España* donde me presentó a sus amigos)

Y para no navegar por mares ignotos, ya en 1970 compré la “Antología Rota” de León Felipe, la de Losada de Buenos Aires. Me la facilitó, sacándola de la trastienda por lo que ustedes piensan, un librero de Astorga (León). Después siguieron poca a poco todos los libros de León Felipe hasta que culminé mi acercamiento con “León Felipe, poeta de barro”, de Luis Rius, libro que tuve que encargar a un amigo que iba a México porque aquí lo de conseguir esta obra de Luis Rius era misión imposible.

Años después, supe por boca de María Luisa Díez-Canedo y de Francisco Giner de los Ríos que no pocas veces recalaban, junto con otros españoles exiliados, a “comer lentejas”, porque no había mucho más, en casa de León Felipe en México.

En el libro de Marcelino Jiménez el asunto de las lentejas, por la pluma de Max Aub, dice, son las de Barcelona. No hay nada en contra, pero resulta altamente elocuente este y otros asuntos, siempre relatados para ensalzar la relación de Díez-Canedo con Cataluña, tanto que en un libro que se dice de “la obra crítica de Díez-Canedo” ocupa un extenso apartado que va desde la página 391 a la 412.

Contrasta esta visión, un tanto aldeana, de circunscribir o vincular a Díez-Canedo con un territorio muy acotado cuando él dio muestras de espíritu abierto y universal, tanto que, por ejemplo, su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua se tituló “Unidad y diversidad de las letras hispánicas”. Nada de localismos.

Y por cierto, Marcelino Jiménez, p. 471, dice que “el discurso, pero no la contestación, fue recogido en la primera edición de “Letras de América” (1944), pp. 13-46.”

El que esto escribe publicó en “Cauce. Revista de Filología y su Didáctica, 25º Aniversario (I)”, número 26 del año 2003 lo que sigue:

“**Enrique Díez-Canedo:** *Unidad y diversidad de las letras hispánicas*, Madrid, Academia Española, 1935 (57 p.) (El discurso de ingreso en la Academia de Díez-Canedo llega hasta la p. 45 y desde ahí hasta el final aparece la contestación de T. Navarro Tomás).

[Incluimos esta obra en este apartado porque el texto del discurso de Díez-Canedo aparece íntegro también en *Letras de América*. Hay ejemplar en la Residencia de Estudiantes: Clasi. CDU: 860(7/8X042)].”

Queda, por lo tanto, medianamente claro, que o él o yo estamos dando una información sino tendenciosa sí equivocada.

Lo dejamos aquí y volvemos al apartado de Díez-Canedo y Cataluña, donde, casi al principio (p. 392) se refiere Marcelino Jiménez a un artículo de E. D’Ors, el titulado “Els noucentistes espanyols: Enric Díez-Canedo” y de su cosecha añade que “tiene una significación especial en lo que atañe a las relaciones entre los escritores e intelectuales catalanes y castellanos”.

El asunto le parecerá menor a algunos, pero es que la manía de los nacionalistas catalanes de bautizar a todo el mundo empieza ser cargante, por no decir otra cosa. Enrique Díez-Canedo no se llama “Enric”. Y no sigo.

Pero es que lo de “las relaciones entre los escritores e intelectuales catalanes y castellanos”, aparte de carecer de rigor intelectual, es una forma de clasificar en bandos cerrados e irreconciliables y, por mucho que insistan, no creo que haya dos mundos, el de los buenos y el de los malos, el de los explotadores y el de los explotados, el de los ricos y el de los pobres y así sucesivamente. Esta era la mentalidad que traslucían algunas novelas tempranas en Hispanoamérica, como “Huasipungo” de Jorge Icaza, pero en el caso de la obra de Díez-Canedo hablar en estos términos es desconocer quién fue don Enrique.

En la página 395 habla de lo escrito por Díez-Canedo sobre Maragall, pero más que enumerar y comentar los aciertos y los errores por lo que a la crítica literaria se refiere, nuestro Marcelino Jiménez se descuelga con la cita de un texto más adecuado para las fiestas de un pueblo de la Cataluña profunda que para un trabajo intelectual. Por si alguien no me cree, cito el texto:

“Ved, sobre todo, la *Sardana*, de ritmo pintoresco, expresado de una manera gráfica por el poeta; canto al pueblo unido: *que estima i avança donant-se. les mans* y que tiene para mí el encanto de un cúmulo de recuerdos infantiles (¡Oh, sardanas festivas, ante la casa feliz de mis padres; ágil ritmo,

temblor breve del *contrapunt*, regocijo popular: todo tan lejano y vivo siempre en mi espíritu!)”

En la página 397 (al comienzo) hay un “como ejemplo a seguir por los jóvenes” que no es un giro muy correcto, pero es que el resto del capítulo contiene la enumeración de los artículos de Díez-Canedo sobre escritores y próceres catalanes con la expresión de dónde se publicaron y señalando los lazos de fraternidad que se suponen. Algo así como una hagiografía de la señora Cataluña, la intelectual, la del bando de los buenos.

Tal vez, perplejidad me produce el apartado dedicado a “La cena de las burlas”, páginas 430-443.

Empieza así:

“Al comenzar este análisis queremos expresar aquí nuestro agradecimiento especial a Joaquín Díez-Canedo, quien hizo un esfuerzo ímprobo para localizar y conservar el material, pues nada de lo que hoy se conserva de “La cena de las burlas” en el AEDC fue llevado a México por don Enrique, sino localizado por su hijo Joaquín muchos años después, quien, con su habitual perspicacia, probablemente quiso publicar una selección precedida por una breve presentación. Sin duda el proyecto hubo de tener alguna relación con la publicación de las *Burlas literarias* por parte de Alfonso Reyes (que se produjo en fecha bastante tardía).”

Después seguiremos con asuntos de más enjundia, pero ahora quiero llamar la atención sobre la incoherencia que supone en un libro que se presume riguroso afirmar que Joaquín Díez-Canedo “probablemente quiso publicar una selección precedida por una breve presentación” y es que lo de jugar a probablemente sí o probablemente no aquí no debería tener cabida. Habría que haber presentado hechos: quiso hacerlo pero no pudo porque Y la redacción por no ir más allá de “sin duda el proyecto hubo de tener alguna relación con “ ¿La tuvo o no la tuvo?

No sigo por ahí, pero sí me interesa contar una historia en relación con “La cena de las burlas” que, por lo que deduzco, Marcelino Jiménez desconoce y puedo adelantar que la desconoce porque no se tomó la molestia de preguntarme a ver si yo tenía tal o cual material y si se lo podía facilitar.

Hace más de dos décadas, como veía numerosas alusiones a “La cena de las burlas” y de ninguna sacaba datos firmes para deducir su importancia, sus temas, su aportación efímera o definitiva para la historia de la literatura y en su caso, aunque nada más fuese, para los mentideros de la política en España, decidí hacer laboriosas gestiones y rascarme el bolsillo, porque no encontraba mejor solución, y microfilmear las columnas de “la cena de las burlas” publicadas en “La Voz”.

Centenares de esas microfichas las pasé a papel; es decir, las fotocopí. Las clasifiqué. Las estudié. Organicé un seminario de trabajo en que todas las semanas un grupo de recién licenciados (antiguos alumnos míos) analizábamos y sacábamos lo que de interesante creíamos que había en ellas; una por una hasta lograr un corpus que yo creo que era significativo.

Después me desanimé porque, para seguir solo, sin la ayuda de nuevos seminarios al efecto, me veía sin fuerzas y porque muchos de los temas tratados en la columna se me iban; no tenía conocimientos para entenderlos y menos para juzgarlos. Pero no quería que se perdiera este precioso material y se lo ofrecí al Director de Publicaciones de La Editora de Extremadura y por menos (creo) de lo que me había costado, lo vendí.

Ahí podía haber acudido Marcelino Jiménez si no hubiera ido de lo que a mí me parece un francotirador en el campo de la literatura. Pero estas son historias y así se escribe lo que se escribe.

Y si no sé todos los cuentos, sí sé algunos.

Dice Marcelino Jiménez que el total de las colaboraciones de Díez-Canedo en la sección de “La cena de las burlas” es de aproximadamente cuatro mil. A mí me parece que no tuve tantas microfilmadas. Puede que mi colección estuviera incompleta o puede que me falle la memoria.

Lo que no entiendo es cómo Marcelino Jiménez dice que ofrece la “Lista cronológica de las colaboraciones en prensa” de Díez-Canedo, lista que abarca desde la p. 561 hasta la p. 619 de su libro, unas 2500 o 2600 entradas y no están las 4000 de “La cena de las burlas”. Es verdad que el auténtico problema de todo este material es fijar con exactitud los textos escritos por Díez-Canedo y los que no lo fueron.

Lo podría haber hecho, me parece, Joaquín Díez-Canedo. Creo que él tenía conocimientos y criterio para realizar con éxito esta tarea, pero Otra persona que, tal vez, podría haber hecho este trabajo era Francisco Giner de los Ríos. Yo, en numerosas ocasiones, en su casa de Madrid, tras el regreso del exilio, y en mi casa de Tarragona, le aludí al asunto, pero prudentemente no se pronunciaba. Me daba la impresión de que nadie quería cargar con la responsabilidad de algunas atribuciones erróneas y había un riesgo de que así sucediera.

Tras el párrafo que citábamos al principio, lo que dice Marcelino Jiménez de “La Cena de las burlas” me parece correcto. Lo que creo que no es tanto es el párrafo final en el que afirma, como conclusión, que del conjunto se desprende “el ideario marcadamente progresista” de Díez-Canedo; y para demostrarlo aporta dos ejemplos, los siguientes:

“El ideal de un diputado español es que no haya sesiones. No quiere que la Cámara sea disuelta, porque la disolución entraña la pérdida del acta, y la de los miles de duros que costó. Qué feliz es un diputado que no tiene que ejercer su oficio. Cobra sus cien duros mensuales, viaja gratis, influye en los ministerios, cambia gobernadores. Pero supongamos que son reunidas las Cortes y el infeliz representante del pueblo -del pueblo que no votó o vendió sus votos por dinero- ha de soportar discursos soporíferos...” El segundo es sobre la violencia. Nos repugnan los derramamientos de sangre. Pertenece-mos a nuestra época. Creemos que la violencia es absurda y que la civilización no es otra cosa que el esfuerzo continuado de cientos de generaciones para apartarse de la selva y del agujero troglodita.”

No entiendo, por más vueltas que le doy, que el reclamar que los diputa-dos trabajen y que no haya violencia en el mundo es lo que caracteriza al progresismo. Siempre he pensado que estos valores eran tanto de derechas como de izquierdas; que eran valores humanos. Pero estoy dispuesto a recti-ficar si se me demuestra lo contrario.

Pregunté reiteradamente a María Luisa y a Francisco Giner de los Ríos por la militancia política de don Enrique y su respuesta siempre fue la de que era un hombre comprometido con la cultura, una persona honrada y amigo de

sus amigos, las gentes de la República, Azaña entre ellos, o uno de los primeros.

Y ponemos punto final a este asunto.

Curioso es el capítulo, del libro que nos ocupa, titulado “Reflexiones acerca de la traducción”. Digo que es curioso porque explica desde la p. 352 hasta la p. 370 lo que le parece digno de mención en relación con la traducción y las traducciones. Nada que objetar si no fuera porque en 2009 se publicó una magna obra, el “Diccionario histórico de la traducción en España, (editorial Gredos) y editado por Francisco Lafarga y Luis Pejenaute. En la página 305 de la obra comienza la explicación pormenorizada sobre Enrique Díez-Canedo como traductor, hecha por quien firma este “Yo sé todos los cuentos. Reseña atípica”. Y no se cita nunca ni el “Diccionario histórico de la traducción en España” ni mi colaboración, prueba fehaciente de que este libro, en el mejor de los casos, se deja en el tintero lo que le parece; y en el peor o no está al día o ignora las nuevas aportaciones.

En este orden de cosas, tampoco he encontrado (y si me equivoco pido perdón) en el libro la cita de mi artículo (29 páginas), “Enrique Díez-Canedo creador y crítico de poesía. Bibliografía”, publicado en “Cauce”, núm. 26 del año 2003, ni el de la “Poesía” de Enrique Díez-Canedo, publicado por Andrés Trapiello, La veleta, Granada, 2001. Pequeños traspiés.

En la página 452, Marcelino Jiménez dice:

“El primer intento serio de estudio de su figura es la tesis doctoral de José María Fernández Gutiérrez titulada *Vida y obra de Enrique Díez-Canedo*, leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo el 5 de noviembre de 1977 (tesis que en 1984 se convertiría en el libro ya citado). En 1978 Antonio Gallego Morell realiza un somero pero ajustado análisis de su obra poética en *Poetas y algo más*. La bibliografía sobre Enrique Díez-Canedo aumentará notablemente en 1979, coincidiendo con el primer centenario de su nacimiento. Con la recuperación de la democracia, esta vez el homenaje se oirá también en España, donde aparece primero una *Antología poética* de sus versos, edición al cuidado de José María Fernández Gutiérrez, en cuya introducción se hace eco del escaso conocimiento que en España se

tiene de la obra de Díez-Canedo, que hoy sigue sin alcanzar el nivel que en la historiografía literaria española le corresponde, pudiendo añadir alguna otra causa a las que indica el autor de la introducción.”

Me interesan dos cosas del párrafo citado:

1.- “El primer intento serio de estudio de su figura (la de Díez-Canedo) es la tesis doctoral de José María Fernández Gutiérrez.”

2.- Que “aparece una *Antología poética* de sus versos, edición al cuidado de José María Fernández Gutiérrez, en cuya introducción se hace eco del escaso conocimiento que en España se tiene de la obra de Díez-Canedo, que hoy sigue sin alcanzar el nivel que en la historiografía literaria española le corresponde, pudiendo añadir alguna otra causa a las que indica el autor de la introducción.”

Sobre lo primero, en 1968 Martínez Cachero me insinuó escribir mi tesis (y tesis después si me sentía con fuerzas) sobre Enrique Díez-Canedo, notable poeta y crítico casi absolutamente desconocido entre los estudiosos de la literatura entonces. Me puse manos a la obra. No había eso de internet y escribí varias decenas de cartas a librerías de viejo para hacerme con su obra; me recibieron en su casa para recabar datos Dámaso Alonso, Gerardo Diego, los sobrinos y la hermana (María) de don Enrique. Después vino mi relación con María Luisa y con Francisco Giner de los Ríos y la que entablé con Manuel Pecellín que estaba escribiendo “Literatura en Extremadura” (citado por M.J. como Pellecín) y que a la postre y, tras ser rechazado mi libro sobre Díez-Canedo porque era sobre un “rojo”, salió la publicación de una apretada noticia de lo que se decía en mi tesis doctoral hecha por la Editora Regional de Extremadura.

Yo creo, por lo tanto, que sí merezco lo de “primer intento serio de estudio de su figura”.

Sobre lo segundo tendría que hablar sobre historias y vicisitudes en relación con la “Antología poética”, pero creo que me excedería y sólo me fijo en lo de “añadir alguna otra causa” a las que indico. Y pregunto a ver por qué no lo ha hecho M.J. ¿Es más fácil tirar la piedra y guardar la mano? ¿Por lo de amagar y no dar?

Por lo tanto, lo de que “se podrían añadir otras causas” no me sirve si no se añaden.

En las páginas 454 y 455 sigue explicándose así Marcelino Jiménez:

“Tres años después publica José María Fernández Gutiérrez un libro (a partir de su tesis doctoral), titulado: *Enrique Díez-Canedo: su tiempo y su obra*, que constituye el primer intento de divulgación de la vida y la obra de Enrique Díez-Canedo, mediante un apretado análisis de su figura intelectual (en el más amplio sentido del término). El mismo autor ha publicado con posterioridad otra obra titulada *Enrique Díez-Canedo. Antología de artículos*. En ambos casos ha seguido los volúmenes ya editados, sin cotejar los artículos recogidos con la prensa original, como se deduce del hecho de que los reproduzca con las mismas lagunas y erratas en cuanto a las lechas y las fuentes, lo cual, junto con inexactitudes de diversos signo, lamentablemente resta valor a las conclusiones que establece sobre la figura intelectual y la obra crítica de Díez-Canedo.

Antes había dicho Marcelino Jiménez (lo hemos visto) que mi tesis y el libro que de ella se deriva era “el primer intento serio” de estudio de la figura de Díez-Canedo; y de Joaquín había explicado, en numerosas ocasiones, que había hecho un magnífico trabajo mediante la publicación de las obras de su padre en la editorial Joaquín Mortiz de México. Ahora (Marcelino Jiménez), preso de una furia crítica a ultranza, dice que la falta de rigor en mis escritos hace que las conclusiones que establezco sobre Díez-Canedo haya que tomarlas con precauciones. No sé qué le ha picado a Marcelino. Y no sé por qué en un caso se ensalza mi trabajo y en otro se denigra. Lo que sí sé es que Marcelino no tiene ni idea de lo que consulté o dejé de consultar ni de cuáles fueron mis fuentes, excepto en los casos en las que las señalo expresamente. Queda claro.

Pero entiendo menos por qué, preso de la furia crítica dicha, deja por los suelos la labor editorial de Joaquín porque, al parecer, mi pecado es, según él, que he “seguido los volúmenes ya editados, sin cotejar los artículos recogidos con la prensa original” y como los volúmenes ya editados (no hay otros) son los editados por Joaquín Díez-Canedo, hay que concluir que Joa-

quín Díez-Canedo hizo una chapuza al editar las obras de su padre y yo otra por fiarme de ellos y de lo hecho por Joaquín.

Menos mal que con este libro, el de Marcelino Jiménez, las cosas se aclaran y se restablece el rigor intelectual y de investigación. Lo estamos viendo en los numerosos ejemplos que hemos ido citando.

Y en las “Conclusiones”, páginas 457-462, el rigor, si cabe, es todavía mayor porque nos comunica que “a lo largo de la investigación (ha) podido constatar que la crítica literaria ejercida desde unas bases teóricas sólidas, puesta únicamente al servicio de la propia estética literaria y atendiendo a la historicidad de los textos, supera el humilde soporte de las revistas y diarios en que nació y pasa a convertirse en una herramienta imprescindible para establecer adecuadamente la historia de la literatura.”

Si, después de leer esta conclusión, no le queda claro el asunto, será, sin duda, porque usted no tiene un día despejado. Pero puede leer otra que parece en la página 458 y saldrá de dudas:

“Partiendo de esta base, inmediatamente acude la siguiente conclusión: el hiato entre el valor que su crítica literaria alcanzó en su tiempo y el que tiene actualmente. Díez-Canedo ejerció importantísimas labores ancilares, pues disciplina ancilar es, al cabo, la crítica literaria, como también la traducción y la docencia. De ello se beneficiaron cuantos lo leyeron en vida, pero a la vez las circunstancias históricas y el carácter efímero de los soportes en que desarrolló la mayor parte de su obra hicieron que su fama póstuma haya estado muy por debajo de su importancia en la historia de la literatura española e hispanoamericana.”

Ya queda descubierto el Estrecho de Gibraltar, es decir, el por qué Díez-Canedo haya sido poco conocido, durante la etapa pasada, en España. A la causa (esta causa) se añade “lo poco que publicó (Díez-Canedo) en vida en España”, p.458. Y preguntamos por lo de después de muerto. Publicar después de muerto.

Hasta aquí nuestra historia, los cuentos que sabemos y la reseña atípica.